

January 2009

## Narrativas de ciudad

Danilo Moreno

Universidad Central, danilomontes2003@yahoo.com.ar

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

---

### Citación recomendada

Moreno, D.. (2009). Narrativas de ciudad. *Actualidades Pedagógicas*, (53), 31-39.

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# Narrativas de ciudad<sup>1</sup>

Danilo Moreno\*

**Recibido:** 24 de septiembre de 2008

**Aceptado:** 18 de febrero de 2009

## Resumen

El autor plantea en esta conferencia tres tipos de narrativas de ciudad: la de las voces de la calle, la de los medios de comunicación y la construida por la literatura. Privilegia, en toda la charla, la narrativa de la literatura, pero no de la “gran” literatura, sino de esa literatura cotidiana y casi anónima que nos permite reconocer espacios y personajes nuevos de la ciudad. Se apoya en la lectura de textos de autores tan conocidos como Calvino, Durrell, Kavafis, etcétera, y en otros menos conocidos como José Luis Díaz Granados, para sustentar su idea de descubrir las ciudades invisibles que se esconden en cada rincón.

**Palabras clave:** ciudad, narrativas, poesía, lenguaje urbano, Bogotá, relatos de ciudad.

## Urban narratives

### Abstract

The author states three types of narratives in this lecture: the narratives of the street voices, the ones of the mass media and the one built up by literature. He privileges along his text, the narrative of literature, not the one of the “great” literature, but the street daily literature almost anonymous that lets us recognize spaces and new characters in the city. He supports his statements on the readings taken from well-known authors such as: Calvino, Durrell, Kavafis, etcetera, and others such as José Luis Granados, to argument his idea of discovering invisible cities which are hidden in any corner.

**Keywords:** city, narratives, poetry, urban language, Bogota, city tales.

---

<sup>1</sup> Este artículo es la transcripción editada de la charla que el autor dio en la Semana de la Facultad de Educación de la Universidad de La Salle “Clase distrital: la ciudad como aula abierta”, llevada a cabo el miércoles 24 de septiembre de 2008.

\* Colombiano. Candidato a doctor en Literatura Iberoamericana y del Caribe por la Universidad de La Habana. Magíster en Comunicación de la Universidad Javeriana. Periodista de la Universidad Central. Correo electrónico: danilomontes2003@yahoo.com.ar

Decir la ciudad como aula abierta quizás sea redundante, pero no importa. La ciudad es redundante en sus signos, nos repite, una y otra vez, los códigos con los que tenemos que desentrañarla; sólo cuando creemos que podemos leer esos códigos, que ella nos hace creer que tiene reservados para nosotros, empezamos a sentir que la ciudad es todo un himno, o mejor, como se lee en *El cuarteto de Alejandría*: “[...] una ciudad es un mundo cuando amamos a uno de sus habitantes, ese otro que nos enseña la ciudad o con el que aprendemos de ella”. Volveré varias veces a esta frase que se lee en *Justine*.

Conocemos la ciudad a través de los signos y los símbolos que el espacio urbano nos propone. Rechazamos esas ciudades con las que no podemos establecer ningún tipo de comunicación, y amamos profundamente aquellas que son generosas con nuestros pasos, que detrás de una puerta desvincijada nos guardan una sorpresa. Se lee en ese maravilloso libro de Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, y en su capítulo “Las ciudades y los signos”:

[...] la mirada recorre las calles como páginas escritas: la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, y mientras crees que visitas Támara, no haces sino registrar los nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes.

La ciudad nos enseña, porque ésa es una de la funciones del espacio. A veces podemos sentir eso que señala Calvino, que nos hace repetir los signos, pero todo signo esconde la idea de engaño. “El ojo no ve cosas sino figuras de cosas que significan otras cosas”, hasta las mercancías que los comerciantes exhiben en los mostradores, valen, no por sí mismas, sino como signo de otras cosas. El ojo del que ve entra en el juego de saber que asiste a un simulacro que vive como real. Bosquejos, los que la recorremos, vemos que es la ciudad un objeto alucinado, íntimo, propio. Vemos en ella lo que queremos ver, por eso, existen tantas ciudades como deseos. Este objeto de deseo que recorremos como páginas de un libro, dando saltos como se puede leer en chino (de otros libros), produce múltiples narrativas, pero quisiera enunciar las que la ciudad nos ofrece siempre sin ninguna mediación. A lo mejor lo que más nos seduce, y la razón por la que se convierte en destino anhelado, la ciudad que está mediada por el ojo de un tercero, la mediática, la más mentirosa de las ciudades y la ciudad que aparece mediada por el ojo de alguien que quiere narrarla de otra manera, la que encontramos en la literatura.

La primera, la que podemos descubrir en cada recorrido, está plagada de signos, los más evidentes, los que representan la norma, la ley, las señales que nos indican cómo cruzar y dónde cruzar una calle, los signos que podemos leer en el TransMilenio y que muchos visitantes pueden leer más fácil que nosotros. Los signos de los comerciantes, desde las luces de neón hasta los papelitos en la calle y en la esquina que nos ofrece un sinfín de posibilidades: el regreso del ser amado en tres días, lindas colegialas-todos los servicios, el Señor es grande, nuevo templo de sanación; la narrativa de las contrariedades, de los contrastes.

Esa narrativa propia que no necesita ninguna mediación y que se escucha en los gritos de los vendedores ambulantes, en los ruidos de los pitos y los motores que no dan tregua, que se percibe en los olores de la gente y también en los olores que buscamos porque nos gustan. Esa narrativa de ciudad que es necesario recorrerla para descubrirla, olerla, observarla, sentirla, la ciudad de los deseos.

La ciudad que se te aparece como un todo en el que ningún deseo se pierde y del que tú formas parte y, como ella goza de todo lo que tú no gozas, no te queda sino gritar ese deseo.

Pero si sigo hablando de esa narrativa propia de la ciudad, temo convertirla en una narrativa mediada. Mejor invitarlos a que la descubran, la metan en sus rutinas académicas, a que no se queden con esa ciudad mediática, la segunda de las narrativas que se centra en lo espectacular, en ver los acontecimientos como la gran tragedia social o el concierto mediático. La narrativa que se teje a partir de especulaciones y la gran mentira que nos narran los medios de comunicación.

No es que tenga nada en contra de la mentira, creo que al contrario. Juan Rulfo, un maestro literario para mí, siempre dice que un escritor tiene que ser un mentiroso. Lo importante no es que sea un mentiroso, lo importante es que las mentiras que diga se las crean. Esa es la única forma para crear una realidad literaria. Es sobre las mentiras que creamos medios. Esto también más adelante lo volveré a señalar, lo de espectacular, la tragedia social, como si no hubieran otras ciudades. Me encantan las historias mínimas de las ciudades, las que se esconden detrás de un tipo que vende aguacates, no la gran historia.

La tercera narrativa, la literaria, es a la que me referiré en esta charla, o mejor a la que desde el principio estoy apelando, con relatos de algunos libros, referencias a textos literarios en los que la ciudad aparece como una fusión permanente entre el deseo de querer narrarla y la fortuna de contar textos en los que ella es protagonista.

Antes una observación: cuando me preguntan qué tanto cambió en Bogotá durante los últimos años, en esa innegable revolución de la que tanto se habla, para mí la respuesta es simple: cambió la forma en la que contamos la ciudad, en la que narramos, en la que nos la cuentan, sobre todo, en eso que de voz en voz, de persona en persona, se transmite.

## LA HISTORIA

La ciudad como tema de investigación hace varios años se convirtió en un proyecto de vida; en el intento por abordarla, procuré muchos caminos. Los primeros, con el grupo de investigación dirigido por el profesor Juan Carlos Pérgolis, a través de trabajos formales que buscaron ver la ciudad desde diferentes puntos de vista, teniendo al relato como centro de aproximación, en los que se mezclaban lo urbanístico, lo psicoanalítico y lo comunicacional. Así, miramos la ciudad de los milagros y las fiestas contrastando lo religioso con el ritual de la rumba.

Vimos la ciudad fragmentada; estudiamos las imágenes de la ciudad de los jóvenes en los relatos de ciudades posibles; escribimos sobre el significado del barrio como el alma inquieta de ciudad; argumentamos que, más allá de los monumentos, los acontecimientos dentro de la ciudad también simbolizan, y analizamos la categoría de ciudad educadora.

Quizás todas esas investigaciones, reflexiones siempre estuvieron acompañadas por una sombra titular: la literatura. A lo mejor por esa razón un trabajo en particular de lindos reflejos fantasmas, desarraigos como aquí ocurrió, buscó narrar la ciudad a partir de escenas urbanas retratadas en nuestros relatos, es decir, que en un momento del proceso, en vez de estudiar la relación de ciudad y literatura, quisimos escribir nuestra propia narrativa.

El texto refleja lugares, personajes, fantasmas, huellas y ecos que quedaron registrados, reinventados, congelados en el texto, porque la literatura es la creación de mundos posi-

bles a través del libro como un hilo conductor que atrapa la ciudad, una voz poética y otras voces que son presencia que recorre las calles y algunos lugares. A Bogotá se le comenta, se le escucha y se la convierte en personaje emblemático.

De esos textos leeré uno hoy, del libro que acabo de mencionar. Tiene fotos, y queríamos congelar imágenes y fijarnos en escenas o personas que pudiéramos registrar en el texto. Las puertas, que como bien dice Borges, no las escogen los hombres, sino que son las puertas las que elijen al hombre, se fueron abriendo, y hace cinco años fundé el seminario. Es una clase electiva, Narrativas de ciudad, que intenta responder a una pregunta: ¿cómo se narra la ciudad? Para dar respuesta, por supuesto, siempre aparece la ayuda de lo literario. Intentamos, además de estudiar la manera como la ciudad aparece en la literatura, construir con los estudiantes nuestra propia narrativa a partir de relatos y de crónicas que hacemos públicas en un portal de Internet ([www.ciudadesinvisibles.com](http://www.ciudadesinvisibles.com)). Invitamos a escritores para que nos cuenten sobre su proceso de escritura y sobre la ciudad que reflejaron en su obra. No son charlas como éstas, allá lo hacemos diferente. Preparamos la novela, escogemos al autor, lo invitamos y hacemos un conversatorio en torno a la obra, como se hizo, por ejemplo, con José Luis Díaz Granados, con su novela *Las puertas del infierno*.

En este largo camino, cada vez que doy un nuevo paso, cada vez que se abre una nueva puerta, descubro un universo infinito, así como es, literalmente, el mundo de la ciudad. Cada nuevo descubrimiento me lleva a pensar que cada ciudad busca que alguien la narre, busca que la voz de un narrador la retrate, que alguien cuente sus secretos, sus misterios, sus historias mínimas. Me gusta mucho esa forma de definir historias mínimas, como buscar historias mínimas de personas anónimas dentro de la ciudad y su vida cotidiana. Desde entonces la literatura ha buscado retratar a la ciudad; incluso cualquier noche, cuando me paro frente al mirador de la Calera y veo el reflejo de luces y la inmensidad de la ciudad, pienso en eso de lo simultáneo y lo múltiple. Recuerdo esa frase del maestro Roa Bastos: “todos somos niños, sólo que faltan personas que nos lean”. Sí, así es el mundo de la ciudad. Allá abajo, en este momento, pienso mientras miro el reflejo, unos mueren, otros nacen, otros copulan, otros se reinventan, otros se pierden, más de ocho millones de deseos interactuando en un solo espacio, Bogotá.

## TOQUES DE LOS QUE MÁS DUELEN

Hace un par de años llegó a mis manos un libro encantador, llegó por azar, *En qué cabeza cabe*, un texto que recrea con relatos sobre personajes, espacios y recorridos la ciudad de México. Ese inmenso laberinto gótico es una edición modesta y, por lo tanto, su difusión es mínima.

Siempre me ha llamado la atención la simultaneidad de atmósferas que retrata el texto y la que uno puede encontrar en Bogotá. Los lugares comunes que identifican la vida urbana latinoamericana donde se mezclan, sin duda, lo rural y lo urbano, el caos y el intento del orden, lo contemporáneo con las huellas del ayer.

Uno de los relatos que más nos gusta a mí y a mis estudiantes es “Toques de los que más duelen”, porque dibuja la vida de un hombre en la plaza Garibaldi que se gana la vida dando corrientazos de electricidad, toques, tanto a turistas como a locales. Como los personajes se repiten y se puede ver como un espejo, sólo que en otro tiempo y en otro lugar, quise encontrar su reflejo en Bogotá.

Sábado 10 a. m. Como a mitad de camino al santuario de Monserrate encuentro a don Maximino, con los tubos, la caja de electricidad que él mismo hizo hace más de cuarenta años y una pesa. También se gana la vida dando toques, toques de esperanza, de alegría, toques antiestrés. Masajes eléctricos, como él dice. Lo hace desde 1964 en este mismo sitio. Antes vivía solamente de su cajita, cuando los toques valían un peso. Después de Monserrate, bajaba a recorrer las cantinas cercanas a la estación de la Sabana, el Café Ramírez, siempre tan concurrido. Encontraba borrachos que se la daban de machos, así sacó adelante una familia con ocho hijos. Pongo las manos sobre los tubos, don Maximino empieza a contar con una voz de pregón curtida por los años, la gente que sube y baja se detiene... 1.000, 2.000, 3.000... 45.000, ese fue mi límite. Un corrientazo por todo el cuerpo me obliga a soltar los tubos. Don Maximino cuenta hasta los 60 000, dice que trabajar en eso le salvó la vida. El 22 de noviembre, hace dos años, lo cogió un rayo; se descubre el pecho para mostrarme su cicatriz, el rayo mató a un muchacho de 22 años. Don Maximino sonrío, deja ver la tranquilidad que lleva por dentro, su mirada es tierna. A sus 68 años se ve fuerte como un roble, animado con la vida. El medio día se acerca, ha hecho un par de toques más, entre

ellos, a un niño animado por su papá, y ha pesado por doscientos pesos a un montón de deportistas que esperan que la subida al santuario les haya quitado unos kilos de más.

Quizás en ese momento, al otro lado del espejo, el “toques” de la plaza Garibaldi apenas esté empezando su trabajo. Don Maximino, hoy sábado, está a punto de terminar; mañana domingo la jornada se prolongará hasta las cinco de la tarde. Ambos hombres, ambos “toques” son las huellas del ayer, memorias que siguen vivas en ciudades atestadas de inventos tecnológicos que, por fortuna, aún no han logrado borrar las líneas del pasado.

Hay libros que, sin duda, transforman nuestra existencia. Yo celebro cada vez que alguien me dice que ese libro le cambió algo por dentro, libros a los que uno siempre quiere volver. En realidad, no sé cuántas veces he ojeado este libro, tal vez porque, a mi manera de ver, relata muy bien la relación entre la literatura y la ciudad.

Tendría que confesar además que, desde que inauguré el seminario “Narrativas de ciudad”, siempre es este libro con el que lo abrimos, y que aún me resisto a cambiar.

Estoy hablando de *Las ciudades invisibles*. Digo texto porque no es una novela, no es un libro de cuentos, tampoco es un texto de crónicas de viajes, es un texto inclasificable que, quizás, lo más aproximado sea decir que es un libro de relatos sobre ciudades inexistentes. En él, Marco Polo se sienta enfrente al Gran Kan, a contar, a reflexionar y a comentar sus recorridos por esas ciudades. No habla de espacios formales, habla de ciudades que se retratan con palabras y que describen cualquier rincón de cualquier ciudad del mundo. No habla de las torres y las murallas que están destinadas a desmoronarse, habla de la figura ilusoria que está más allá de la superficie. Las ciudades de los deseos, de las memorias, de los cambios, las ciudades tenues. Por eso, y como lo dice el propio Calvino, las ciudades invisibles son un sueño que nace desde el corazón de las ciudades invisibles. Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje. Son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos.

Agludia, Cenobia, Cirma, Clobeth, Támara resultan nombres familiares, ciudades conocidas. El Marco Polo de Calvino nos lleva por esas bifurcaciones ocultas, por esas

tenues líneas que trascienden los espacios físicos para visitar ciudades con nombre de mujer; a partir de la memoria y de los deseos, sin hacer de la ciudad una búsqueda por lo espectacular. Por eso, en *Las ciudades invisibles* de Calvino, se narra desde los diseños sutiles que escapan de las mordeduras de las termitas y se immortalizan en nombres de mujer.

En una de las ediciones de las que Calvino hace la presentación dice: “[...] en las ciudades invisibles no se encuentran ciudades reconocidas, son todas inventadas. He dado a cada una un nombre de mujer”.

El libro consta de capítulos breves, cada uno de los cuales debería ser el punto de partida de una reflexión válida para cualquier ciudad o para la ciudad en general. Eso es el libro. Una suerte de inspiraciones juntas, urdidas magistralmente por la atmósfera de la ciudad.

El libro logra traspasar el tiempo y el espacio, porque muestra la vida de la ciudad, ese patrimonio intangible que prevalece en el tiempo; más que describir espacios, nos narra las sensaciones y acontecimientos propios de lo humano. Aparecen las ciudades desde los deseos, las memorias, los olvidos, los signos, las ciudades de los ojos, los trueques y los muertos.

En “Isidora”, por ejemplo, cuando el forastero está indeciso entre dos mujeres, siempre encuentra una tercera; el forastero se enfrenta a un doble destino: la esquina por la que no me atrevo a pasar, el taxi que estuve a punto de tomar; a esta sensación nos enfrenta constantemente esta vida de ciudad, tanto en el relato, como en nuestras vidas. Así, Calvino logra pintar con palabras espacios urbanos que traspasaron los años. A Bogotá, como a otras ciudades de nuestro país, se la ha narrado muchas veces desde la narrativa de la violencia. Y con seguridad es necesario que se mantenga esta narrativa, porque de alguna manera da cuenta de una cara de nuestra realidad. Sin embargo, por muchas razones, es necesario que la otra narrativa, que también se está haciendo, tenga más ecos, más voces, pero, sobre todo, por una que puntualizó, no un escritor ni un cineasta, sino el urbanista catalán, Joan Busquets, autor de estrategias urbanas para ciudades como São Paulo, Singapur, Lisboa y Toledo. El profesor sostuvo: “Una ciudad que no tenga aspiraciones de belleza, termina siendo fea [...] La gente ha de valorar y apreciar la belleza de la ciudad que habita”.

Por eso, descubrir las ciudades invisibles que se encuentran en cada rincón, en las calles, en lo público es el reto de la actual narrativa, porque, como me dijo un amigo artista dedicado al arte urbano, Leonel Castañeda: “[...] las cosas lindas están en la calle”. Es buscar otra forma de representarnos; ahí también están los medios de comunicación con su responsabilidad social, la sensibilidad de los creadores, el reconocimiento que deben tener por los lectores, en cuanto la narrativa se constituye en un bien simbólico que permite la construcción de la memoria y de los imaginarios colectivos.

En la medida en que nos sigamos representando sólo desde los imaginarios de la violencia, de lo espectacular, no tendremos otro remedio que seguir repitiendo la historia de “somos violentos”. Es necesario que también veamos lo bello de la ciudad, las historias mínimas que nos enfrentan a la vida cotidiana. Como lo logra Fernando Pérez en su película *Suite habana*, en la que se retrata sólo en imágenes la vida íntima de por lo menos diez personajes. Pérez lo hace de una manera sutil, como lo hace Calvino: retrata los rostros de las personas comunes y corrientes que deambulan por las calles de La Habana y se mete en la intimidad de los rostros ocultos.

Ojalá, tanto narradores como lectores, por supuesto, nos alejemos de la narrativa de lo espectacular para encontrar entre todos ese otro lado de la ciudad que no nos gusta reconocer. Para hacerlo, tenemos que recorrerla, olerla, sentirla, sentir lo que está por debajo de la piel, no conformarnos con el maquillaje. En cada recorrido, a lo mejor, nos pase lo mismo que pasa con el libro de Calvino, que nos permite una actualización constante de nuestros espacios. Por eso, *Las ciudades invisibles* no es un libro para leerlo linealmente ni de corrido, es mejor buscar el atajo, dar un salto, descubrir algún rincón impenetrable; es un libro para ir leyendo por fragmentos, de la misma manera en que podemos descubrir nuestras ciudades.

Sucede como lo dicho por el psicoanálisis, que lo importante es la forma en que en el imaginario vivimos nuestra relación con los sujetos y también, como lo hemos sabido desde tiempos inmemoriales, que en el poder de la palabra está la posibilidad de crear, de imaginar, de construir. Cuando se construya una nueva narrativa sobre la ciudad, se producirán otras imágenes que facilitarán la convivencia ciudadana. Por eso, es importante que nos aventuremos a descubrir esas otras ciudades.

## EL LLANERO SOLITARIO

Lunes, 10 de marzo de 2003. Sobre el Eje Ambiental, en pleno centro de Bogotá, un jinete galopa; la imagen impresiona tanto que mañana será primera página en el único diario de circulación nacional, acompañado de un pie de foto: “Como si fuera a campo abierto, este reciclador galopa por el Eje Ambiental de la Jiménez, después de llenar su costal que le servirá para buscar la comida”. Parece un llanero solitario en medio de un contexto urbano. Es contradictorio ver que sobre la misma calle por donde pasa el sistema de transporte TransMilenio, con el que se le quiere dar un toque de modernidad a la ciudad, galope este llanero solitario.

¿Qué nos recuerda esta imagen? Que las huellas del ayer conforman los signos que contiene la ciudad hoy.

El proyecto urbanístico del Eje Ambiental en Bogotá se diseñó con la intención de recuperar el centro de la ciudad. Se pavimentó con ladrillos que recuerdan la vieja ronda del río, pero el jinete que galopa no es una simulación ni una huella, es la evidencia clara del pasado rural que se hace presente. En muy pocas décadas nuestro país pasó de ser rural a ser un país urbano; eso se dice todo el tiempo. Pero ¿qué tipo de vida urbana vivimos? Aún no logro imaginarme un jinete solitario cabalgando por la Quinta Avenida en Nueva York o por la Gran Vía en Madrid.

Dentro del grupo de investigación, hay una permanente idea de estar construyendo hipótesis que después podamos desarrollar o que después nos sirvan para nuestras investigaciones como derroteros y que estén ahí presentes todo el tiempo. En la actualidad, se trabaja el Proyecto Doctoral Narrativas de Ciudad en Colombia referido sólo a la narrativa literaria. Se parte de la hipótesis en la que se señala que la actual literatura urbana tiene una estructura en la que se privilegia lo espectacular de los acontecimientos, aspecto que contribuye a la construcción de lo hipercreado, a esa idea de simulacro que plantea Jean Baudrillard, en la que lo real es reemplazable por los signos de lo real, y se crea un espacio sin atmósfera.

El simulacro como imagen creada con el fin de fascinar. Así, en el imaginario que trabaja la narrativa urbana, subyace la intención de crear una imagen fascinante, positiva o negativa, pero siempre fascinante. Dicha estructura es la

misma que utilizan los medios de comunicación: televisión, prensa y radio. A partir de las narrativas imperantes, se construyen los imaginarios, las representaciones, las nociones de ciudad-región. Por fuera de las llamadas industrias culturales se crea una narrativa que mantiene otra estructura y otras características, pero, debido a no ajustarse a los parámetros establecidos por dichas industrias, se convierte en un trabajo de poca difusión. Y un ejemplo es el del libro *En qué cabeza cabe*, una edición muy pequeña que hicieron allá en Ciudad de México y que, seguramente, no tenía la mayor trascendencia ni allá ni aquí, como suele suceder con la otra literatura. Esta literatura tan poco respaldada por los medios de comunicación y que, definitivamente, está tan, tan cerca; creo que no hemos salido de la narrativa de la violencia para representar la ciudad y para representar el país.

Hace un par de años escuché del poeta Jorge Zalamea una frase que me pareció contundente: “las ciudades no las inventan los arquitectos, las ciudades las inventan los escritores”. Quitarles el protagonismo a los urbanistas y dárselo a los escritores es sugestivo e interesante, quizás porque lo más real de esta afirmación no reside en el presente de nuestras ciudades, sino en el poder con que los escritores las inmortalizan. Desde la Dublín de Joyce, la Buenos Aires de Borges, la París de Cortázar, la Bogotá de José Asunción Silva, La Habana de Cabrera Infante, o la Nueva York de Colosio. Las ciudades han quedado inmortalizadas en esos escritores.

En *El cuarteto de Alejandría*, Lawrence Durrell muestra cómo la ciudad se apodera de los protagonistas. “Una ciudad es un mundo cuando amamos a uno de sus habitantes”, se lee en *Justine*. Una frase que se puede repetir una y otra vez, en uno y otro escrito sobre la ciudad, por su carga emocional, por la enorme verdad que encierra y por la unidad que se esconde en el inconsciente de cada uno. Los personajes de *El cuarteto de Alejandría* se ven seducidos por esa ciudad; ella los habita como un fantasma, como una presencia que no se reconoce. La ciudad termina por convertirlos en sus esclavos. Es la Alejandría simulada, imaginada o fantasmal la que se apodera de *Justine*, *Balthazar*, *Mountolive* y *Clea*. Alejandría: capital del recuerdo, la ciudad que odiaba, ahora lo sabía, tenía otro significado, una nueva valoración de la experiencia que había dejado en mí sus huellas indelebles. El tirón de la ciudad nevada como una hoja que mi memoria había poblado de máscaras malignas y a la vez hermosas.

Más allá, más allá de su plano físico, la ciudad es el recuerdo de los personajes. Imágenes en el tiempo, en los laberintos de la memoria. Quizás, como todo recuerdo, con alguna idea de olvido. Por eso, en *El cuarteto...* se habla poco de la parte física de la ciudad y se la reconstruye desde las sensaciones, el espacio emocional. Vivimos la emoción del espacio, el marco para todas nuestras acciones, el marco de nuestra existencia, como lo define Marcos Schubert.

Umberto Eco hace un recorrido por varios personajes de la literatura que se nutren del paisaje urbano, y sostiene: “[...] leemos novelas porque ellas nos proporcionan la confortable sensación de vivir un mundo en el cual la noción de verdad no puede ser puesta en discusión, mientras que el mundo real parece ser un lugar mucho más insidioso”.

El poeta de la ciudad, Constantino Petrou Kavafis, también habla de la Alejandría misteriosa que tiene la extraña particularidad de acechar, de hostigar a sus personajes, porque ha tallado sobre sus cuerpos, sus rostros, sus vidas, una huella indeleble, un recuerdo, a través de los mismos suburbios mentales que van de la juventud a la vejez. En el poema “Ítaca” se propone el viaje como una forma de relacionarse con el entorno. El camino debe ser largo y rico en emociones. Dice Kavafis:

El poema muestra el valor del recorrido entendido como la experiencia; no importa si Ítaca te desilusiona, basta saber que Ítaca fue el motor que permitió la experiencia del viaje. Y entonces, ¿por qué hablar de una ciudad vista desde la inmovilidad de un lugar con la cámara que enfoca desde la quietud con un trípode?, la ciudad se manifiesta en sus movimientos, en sus recorridos. En la experiencia de la vida en ella, que es la experiencia del movimiento. Que sus caminos sean largos y ricos en emociones.

Siempre he asociado ese poema a un relato de algún viajero. Es un relato oral como el relato sobre Marrakech, la ciudad de *Las mil y una noches*. Un lugar mítico y místico, un punto de encuentro para exploradores de sensaciones insólitas y legendarias. “De primeras te extraña y después te entraña”, apuntó Fernando Pessoa en su cuaderno de viajes su impresión sobre Marrakech. Una vez extrañado, puedes respirar el aire de sorpresa repleto de sabores intensos, colores frenéticos y sonidos vibrantes. Marrakech es realmente camaleónica, al estilo de las grandes metrópolis del mundo.

Entonces, en la literatura se propone la ilusión, se hace de la ciudad una narración que extradita, se hacen relatos sobre su forma de recorrerla. Las ciudades se convierten en espejos de ficción, en caminos laberínticos que se entrecruzan con la realidad de un hombre o de un espacio físico que existe. De la Alejandría real a la pretendida, a la simulada. Las ciudades conquistan a través de fantasmas, a través de historias míticas que se narran. Los personajes literarios no dejan de ser menos reales, sus historias pueden haberle sucedido a cualquier habitante. La línea divisoria por el mundo fantasmal se diluye y ese universo mágico nos envuelve con sus perfumes, sus colores, sus aires.

Quizás esa forma de acercarnos a la ciudad nos diga más que un dato histórico o que un estudio urbanístico. Quizás esta ciudad literaria, que bordea el libro entre lo real y lo imaginario, nos deje descubrir otra ciudad más humana. Por su gracia y sensibilidad, esta ciudad se escribe con tinta indeleble en el baúl de los recuerdos colectivos, perdura en la historia y, sin duda, ayuda a construir los imaginarios que se sobretejen sobre cada una de las ciudades.

Ahora voy a leer uno de los relatos de ese libro que hicimos con el profesor Juan Carlos Pégolis. Ese libro está escrito a partir de escenas de la ciudad y también sobre espacios de ella. Se llama *El aleph*, que hace alusión a ese cuento de Borges, que supongo algunos de ustedes habrán leído.

Sábado de quincena en San Victorino, en lo que era San Victorino; la multitud se sofoca entre los objetos en desorden, porque hoy es día de promociones en el laberinto. Me dejo llevar por la corriente que me arrastra entre carteras, bolsos y maletas relucientes; cada tanto me ataja algún vendedor, pero la marea me empuja más allá y me pierdo entre vajillas, zapatos, ropas de colores y libros.

Paso al lado de una caseta azul donde, en medio de las portadas borrosas de revistas viejas, está el Tao del amor y del sexo chino; quiero detenerme a hojearlo pero es imposible. Alguna vez quise tenerlo y entonces no se conseguía, ahora lo veo en oferta y cubierto de polvo, sigue siendo inalcanzable. Más allá están los cuentos de Abelardo Castilla, una novela de Guío, relatos de Cela, los volúmenes de la Enciclopedia Jackson. Paso los dedos sobre sus lomos raídos y una sombra de nostalgia me oculta la multitud que me arrastra en su vértigo.

Un amigo gira en un remolino que se formó más allá de las maletas, las cobijas y las chaquetas impermeables. Le

hago señas, grito. Por fin viene hacia mí. “Aquí está todo, es como el Aleph de Borges”, me dice. “No, respondo, El Aleph es apenas un punto”. “¿Y qué crees que es San Victorino en el universo!?” concluye.

El principal patrimonio de la ciudad es su modo de vida. Esto es: la particularidad de la vida en cada ciudad es su principal patrimonio. Entendemos, disfrutamos de las ciudades porque podemos participar de sus particularidades culturales que son el resultado de una historia presente en sus monumentos, pero que se mantiene viva en las significaciones de sus habitantes. Las vivimos en cuanto estamos en contacto con su cultura y sus monumentos que son parte de ella. Eso es finalmente lo que creo que retrata un escritor: este patrimonio de lo intangible, el modo de vida, el modo de vida que aparece en las puertas del infierno en el relato de José Luis Díaz Granados, o el modo de vida que aparecía en las novelas de Leonardo Padura, en *La Habana*, o de Guillermo Cabrera Infante. Nadie pensaría que Roma o Cartagena son modelos envoltorios vacíos de lo que fueron ayer, son estructuras vivas que encierran el pasado articulado con el presente. La vida urbana en torno a los monumentos, como referencia a la memoria, fue y sigue siendo esa articulación. La vida de la ciudad y la historia de la vida de la ciudad conforman su cultura, a ella se atiene y de ella participan los habitantes y a través de ella encuentran su dignidad que es el sentido de ciudadanía, de la pertenencia a la ciudad, resultado de dos procesos simultáneos: uno, la aportación psicológica del espacio y dos, la capacidad de reconocerse como parte de una comunidad.

Desde este punto de vista, la atención a la preservación de la identidad cultural como principal patrimonio es una acción fundamental en favor del fortalecimiento de la comunidad; la identidad cultural es un patrimonio colectivo. El hombre practica en y con el espacio que es la ciudad, allí proyecta sus significados, a la vez que de esa relación surgen otros nuevos que se van integrando dinámicamente a la existencia, ampliando y evolucionando el espectro significacional y las intenciones que mueven su accionar. De este proceso de construcción de la ciudad y proyección de la comunidad, surge la identidad espacial de la ciudad, reflejo de su historia que es la de sus habitantes y la de los eventos de éstos en su territorio.

Identidad y señas como patrimonio urbano conforman un todo inseparable. No se puede entender uno de estos términos sin el otro: la identidad cultural explica la

presencia de las señas físicas tanto como éstas justifican la particularidad cultural. No se puede intervenir en uno de los dos términos sin afectar al otro.

Les recomiendo al escritor Leonardo Padura, que tiene una trilogía sobre la ciudad que, a diferencia de la trilogía tan comentada y tan nombrada de Pedro Juan Gutiérrez, es una forma de abordar *La Habana* de una forma diferente. Incluso, siendo un género negro, Padura no se centra en la miseria social, sino que más bien muestra una *Habana* de dos caras: una *Habana* alegre y una ciudad que tiene, como muchas otras ciudades, sus grandes contrariedades.

El texto *Ciudades escritas* de la profesora Luz Mary Giraldo nos recuerda muy bien que a Bogotá se la ha intentado retratar desde hace mucho tiempo. Desde José Asunción Silva tenemos muchísimos ejemplos. Antonio Caballero (2004), por ejemplo, hizo su novela, es decir, quizá no tuvo la trayectoria que tuvo la obra de García Márquez, pero sin duda alguna a Bogotá también se le ha querido retratar.

Para finalizar, me referiré a la voluntad de José Luis Díaz Granados, la que expresa en *Las puertas del infierno* y en *Años extraviados*.

*Las Puertas del infierno* es una novela que se arriesga a construir una narrativa no lineal a través de lo imaginario. La novela narra la vida de un frustrado escritor que deambula por los burdeles de Bogotá en los años ochenta. Una ciudad mostrada a partir de la cotidianidad de una historia mínima y de las angustias de un hombre común y corriente en un esfuerzo por narrar el encanto y lo duro de lo cotidiano. Recientemente, el mismo autor publicó la novela *Los años extraviados* que nos pinta, de una manera detallada y precisa, la Bogotá de los sesenta. Nos transporta por escenarios y costumbres que, pese a ser los de hace unos pocos años, son muy diferentes de los que hoy vivimos.

Cuando empecé a leer *Los años extraviados*, tuve la sensación de estar leyendo *Las puertas del infierno*. De alguna manera, el texto aparentemente se veía más claro, por el uso de la técnica narrativa, pero al fin y al cabo me enfrentaba a la misma novela; es decir, sentí que no era la novela aislada de un escritor, sino la obra de un maestro que nos entregaba su don narrativo en dos tiempos diferentes de una misma ciudad. En ambas novelas, la Bogotá que se muestra es contada a partir

de un protagonista que se presenta como el antihéroe (eso me gusta también mucho de este trabajo), por lo tanto la ciudad que va apareciendo está cargada de tertulias, de desencuentros, de intimidades, de seducciones. No se cuenta la ciudad espectáculo, se narra la ciudad de lo cotidiano.

Lo voy a decir una vez más... Descubrir las ciudades invisibles que se encuentran en cada rincón... Ese es el reto de la narrativa urbana como patrimonio cultural. Las narrativas constituyen un buen simbólico que registra la forma en que habitamos nuestras ciudades.